

A. nos cuenta por primera vez un sueño. Hay, en él, perros y mordeduras y carreras.

\*

Pececillos en los charcos. Cuando me acerco a cogerlos en una red de la que A. se ha aburrido demasiado pronto, me digo: este es mi *atelier de la recherche patiente*: el mar, el sol salvaje, el reflejo cegador de la luz en los charcos.

\*

Me aclaro –me lleno de claridad, sí– para entrar en la sombra. Sólo la sombra es hoy mi dominio.

\*

Necesidad de un poco de sombra. La sombra, esa «luz gastada» (Tanizaki).

(Fuerteventura). En la cubierta del *ferry*, pasajeros casi inmóviles y silenciosos tomando el sol. Se diría que todos estábamos a punto de ser pintados por Edward Hopper.

\*

Carretera hasta La Oliva. Casas toscas, deshechas, pobres; basuras, desconchados. Este tosco primitivismo es tal vez lo más nuestro.

Subida a la montaña de Tindaya. La mañana se vuelve una vasta lámina de claridad y calor. La ascensión es lenta, con cortas paradas periódicas para mitigar el efecto del excesivo calor. Las piedras adoptan caprichosos colores bajo la luz hiriente:

Hay dos pequeñas canteras, a ambos lados de la montaña, ahora paralizadas. Son menos aparatosas de lo que pensaba.

Claridad de la piedra. ¿Es éste el «mármol salino muy albo» de que habla Viera y Clavijo?

Ya en lo alto, la inmensa llanura que llega hasta el mar. La mirada dibuja un círculo alrededor de la montaña sagrada.

\*

Desde lejos, Tindaya domina el horizonte, al que parece nivelar y fijar, solitaria y serena bajo la claridad.

(Tegueste). Los dioses del retorno, ¿dónde estaban? ¿De vacaciones? Los manes del lar, sin embargo, danzaban en las motas de polvo veraniego de un rayo de luz que pasaba a través de las persianas entreabiertas.

## Septiembre

El poema que Wordsworth dedica al interior de la capilla del King's College de Cambridge –un poema con el que me tropiezo casi sin querer– gana enseguida toda mi adhesión espiritual. No se trata sólo de que yo tenga aún en la retina de una manera vivísima la honda impresión de aquel espacio, sino también de una cerrada identificación con el sentido o los sentidos de un poema conmovedor. El *branching roof... where light and shade repose*, ¿cómo no asociarlo, en efecto, a la música, la que Wordsworth oyó y a partir de la cual, probablemente, escribió su poema, esa música... *lingering –and wandering on as loth to die?* Las bóvedas abanicadas parecían, sí, creadas, levantadas por la música. Eran, son

como pensamientos cuya dulce ductilidad  
demuestra que nacieron para ser inmortales

(Playa de Santiago, La Gomera). En la isla más *supuesta* y, por eso mismo, más nueva –más incesantemente nueva– apenas se la reconoce con mirada atenta, no puede menos que experimentarse de inmediato el vértigo sucesivo de los enormes barrancos, los escarpes, las degolladas, en los que la violencia geológica ha modelado una tierra de asombro. Nuestro viaje anterior fue en 1975, y de él quedaron varios poemas escritos en aquel preciso momento, unos versos que hoy me introducen en esta luz, sí, pero bajo un signo muy diferente. Es imposible ahora ningún recuerdo, ningún reconocimiento. Me llega ahora tan sólo, por ejemplo, el valor de algunas palabras –entre ellas, *taparucha* no es la menos significativa, una palabra que alude a las grietas o conductos de emisión en los que el magma se ha solidificado, presentes en todas las paredes rocosas de la isla– con las que se designa la realidad tan visiblemente volcánica de una tierra que cae, abrupta, alrededor de quien la contempla, despeñada hacia un mar serenísimo. La visión, por ejemplo, desde el mirador de la Ermita del Santo, en Arure, se hacía casi insoportable en su esplendor. Graznidos de cuervos sobre nues-